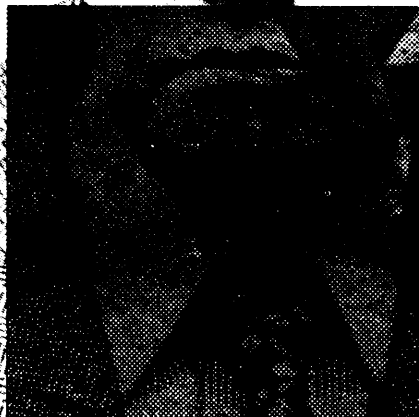
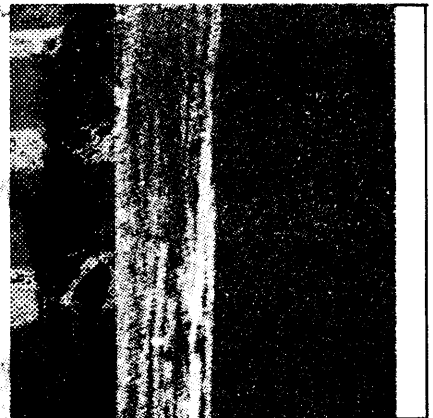
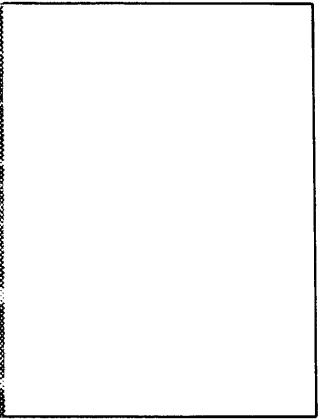




LA MUERTE EN LA OBRA DE JUAN RULFO (1917-1986)*

Arturo Trejo
Villafuerte

LA primera vez que Carlos Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno, mejor conocido en el mundo como Juan Rulfo, supo de la muerte, fue cuando tenía escasos 6 años de edad y su padre, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo —*don Cheno*— acababa de ser asesinado por una nimiedad por un tal Lupe Nava, en el camino que va de Tuxcacuesco a Tonaya, entre Paso Real y Chachahuatlán, pasando el arroyo “La Agüita”, en uno de los confines de Llano Grande. El tal Lupillo le vació toda la carga de su pistola a *don Cheno*, nomás porque éste le había llamado la atención porque sus animales se habían pasado a su potrero.¹

En ese momento de mujeres enlutadas y de llanto familiar, Juanito empezaba a llenarse de mundo y a comprender que, como señala Schopenhauer, “la muerte es el desate doloroso... la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño”.² Acaso esa noche en que se veló a *don Cheno*, el niño Juan comenzó a

madurar y a sentir que la vida se respeta y se aprecia conforme uno más sabe de la muerte. Los otros son nuestra muerte y nos pesan en la medida en que nos reconocemos en ellos. Conocemos la muerte por los otros y nunca en pellejo propio, porque si así fuera, ya no estaríamos para contarlos.

Es innegable la impresión que causa en el niño el no-sentido de la vida que significa la muerte, según Borges; ese destello total de incomunicación de que habla Igor Caruso. El niño impresionado por la muerte, por la ausencia definitiva del padre, cuando es un joven y se encuentra en la ciudad de México, comienza a urdir una trama para una serie de cuentos que se publicarían, en 1953, bajo el nombre de *El llano en llamas* (Ed. FCE, México, 1953; segunda edición revisada por el autor, 1980), y en 1955 una magistral novela: *Pedro Páramo* (Ed. FCE, México, 1955; Col. “Popular”, quinta reimpresión, 1964), donde es sintomá-

tica la presencia de la muerte en muchos de sus aspectos, pero sobre todo la muerte violenta, cruel, irónica.

La muerte presentada en cada uno de los textos rulfianos no va por el lado de negar la vida únicamente, sino que adopta diversas modalidades que van desde “la negociación final del tiempo”,³ hasta esa muerte que es continuación del proceso de vivir o el viejo anatema de la ley del talión: “ojo por ojo, diente por diente”. La muerte se presenta como parte de una alegoría a la vida —el que muere y o el que vive— o como un anacronismo de violencia —no era a Lucas Páramo al que buscaban las balas el día que murió en ese casamiento, sino el novio. *El llano en llamas* es un muestrario de muertes desde “La cuesta de las comadres” hasta “Anacleto Morones”, pero no se trata de la muerte fisiológica, no es el hecho del fallecimiento en sí, sino el cómo se llega al acto último y bajo qué circunstancias.

En “La cuesta de las comadres” el narrador da su versión de los hechos partiendo de la historia de los Torricos, salteadores de caminos de por el lado de Zapotlán, para concluir señalando que él mató a Remigio porque éste le echaba la culpa de la muerte de su her-

* Las fechas que se daban sobre el nacimiento de Rulfo, 1916 o 1918, se descartan gracias a la investigación de Felipe Cobián, quien tuvo acceso a una fe de bautismo donde queda asentada la verdadera: 16 de mayo de 1917.



mano Odilón. Un caso claro de defensa propia, pero también un caso de circunstancias adversas que un hombre debe resolver matando a otro. El narrador cuenta la historia sin dolor, sin congoja, pese a que los Torricos fueron sus amigos. Como simple participante activo del destino.

Otro tipo de muerte es la que aparece en "Es que somos muy pobres". Aquí es la muerte de la vegetación y de

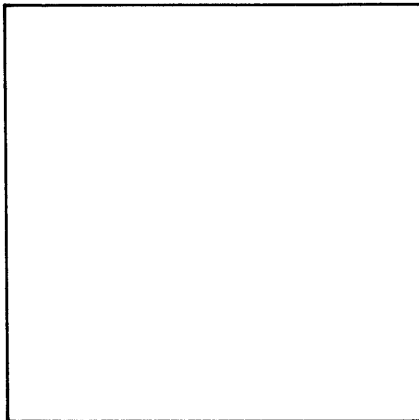
los animales ante el inclemente empuje de la naturaleza árida que no respeta a nadie ni nada. El narrador, desde su inocencia de niño, sabe que el hecho de perder a la vaca pinta es predecir el destino de su hermana la menor, la cual por la extrema pobreza en que viven, día tras día está siendo aventada a la "mala vida", acaso menos mala que la que padecen.

En "El hombre" el móvil principal es la venganza. El perseguido y el perseguidor han perdido seres queridos. El perseguido cree haber tomado venganza de un hombre que le hizo daño; pero en realidad acabó con la familia, no con quien debía. Ahora éste, el sobreviviente, sigue al hombre que, como signo inconfundible, deja huellas donde se nota que le falta el dedo gordo del pie izquierdo. El hombre sabe que "los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno", y mientras huye sabe que, quizá, pueda escapar del perseguidor pero de los muertos

que lleva encima nunca. Pero la historia no es entre ese hombre y su perseguidor, porque tercia un pastor que ve llegar a un sujeto demacrado, con las ropas desgarradas que "parecía venir huyendo", con una porción de lodo en las ancas. El borreguero platica con el hombre y éste le habla de su mujer y sus hijos chorreando lágrimas, sabedor de que ya nunca más los verá porque está sentenciado: "El que a hierro mata a hierro muere". Y termina muerto en un charco del río.

La muerte ronda de otra manera "En la madrugada". El viejo Esteban tiene un problema con su patrón don Justo y éste amanece muerto. La culpa cae en el viejo, aunque don Justo Brambila, por la relación incestuosa que sostenía con su sobrina Margarita, hija de su hermana tullida, la cual bien pudo golpear a don Justo con una piedra en la cabeza. Esa madrugada de amores incestuosos bajo la bruma de San Gabriel cambió la vida de tres personas: la tullida, su hija Margarita y la del viejo Esteban, ahora encarcelado y culpado por la muerte de don Justo.

La muerte de Tanilo, tras visitar el santuario de Talpa, sucede de otra manera, aunque quienes planearon su deceso actuaron con premeditación, alevosía y ventaja; el propio Tanilo ayudó a que los hechos se desarrollaran de una manera más rápida y efectiva. Padeciendo de unas ampollas y unas llagas de donde sale un líquido nauseabundo, Tanilo tiene como última esperanza ir a visitar a la virgen de Talpa, sin saber que su esposa —ya tan lejana de sus brazos y consuelo— y su hermano se entienden. Natalia y su cuñado querían que Tanilo se muriera porque de muchas maneras era la solución a varios problemas inmediatos: el sufrimiento de Tanilo y la felicidad que esperaban de su relación sin la presencia de éste. Pero el muerto les pesa a los dos, y cuando llegan a Zenzontla, su lugar de origen, Natalia llora en brazos de su madre, y con eso le dice todo lo que pasó; mientras que el hermano de Tanilo sabe que sólo están de paso,



“para descansar”, porque luego seguirán caminando sin rumbo porque ahí se encuentran muy cerca del “remordimiento y del recuerdo de Tanilo”.

El cuento que le da título al libro, “El llano en llamas”, también está lleno de muertes, pero éstas son más naturales en la medida en que se dan dentro del contexto de un movimiento armado. ¿La Revolución? ¿Los cristeros? Aunque sabemos que el hombre conforme avanza en la escala biológica va haciendo de la muerte un acto menos fisiológico y más cultural, por eso hay tantos cadáveres ilustres, por eso el Cid Campeador hace huir al enemigo después de muerto, porque no sólo es un cadáver en un caballo sino todo un símbolo de resistencia y tenacidad, un batallador inclemente. Por eso en “El llano en llamas”, en alusión a las rancherías y haciendas quemadas durante este movimiento armado, no hay nada más natural que la muerte, nada menos espectacular que los cadáveres de los colgados tostándose al sol. Luego de tanto verlos y de estar rodeados de muerte, ambas cuestiones se hacen un acto rutinario; por eso Pedro Zamora busca otras formas para matar, por eso el general Fierro, en “La fiesta de las balas”, de Martín Luis Guzmán, juega a la muerte de otra forma. Pedro Zamora juega “al toro”, armado de un verdugillo, con los prisioneros que caen en sus manos. Aquí la muerte está presente como un acto cultural por parte de ambos bandos, entre los soldados y los alzados, sin tregua ni cuartel, hasta el exterminio que significa alzar una cultura por sobre la otra, un modo de ver el mundo por sobre el otro. Si cada cabeza es un mundo y sólo tenemos un mundo para todas las cabezas, es necesario, antes que nada, la coexistencia pacífica y ordenada; pero desde Caín y Abel, desde la Guerra de Troya, desde la lucha entre politeístas y monoteístas, nómadas y sedentarios, campesinos contra pastores, el hombre no logra esa concertación de intereses, credos y cultural.

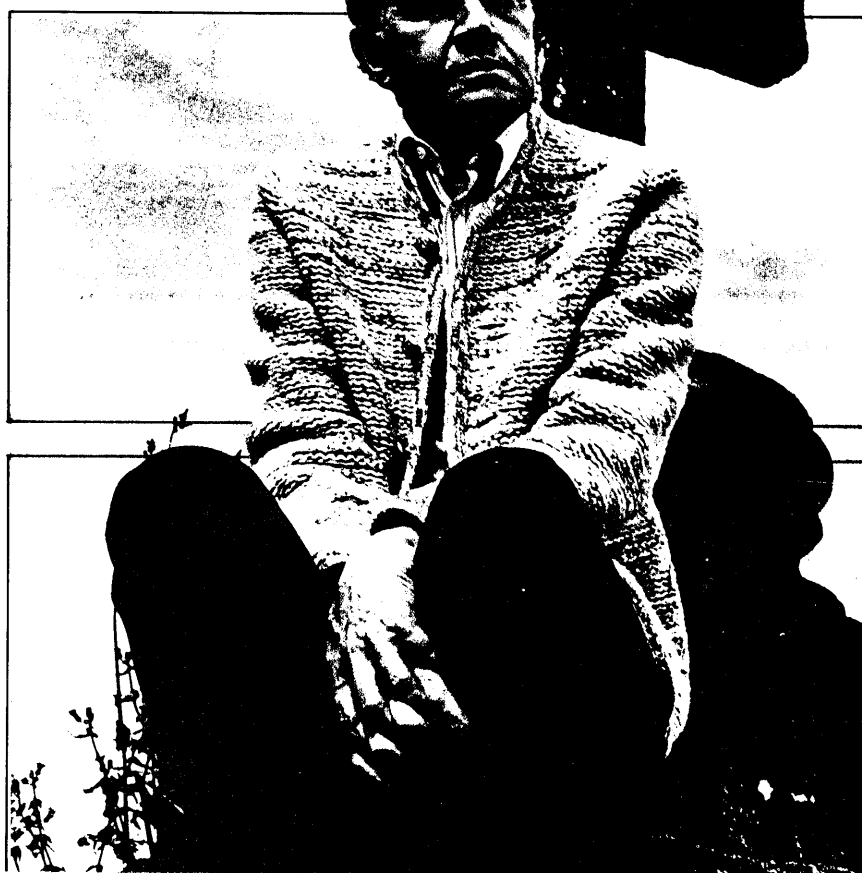
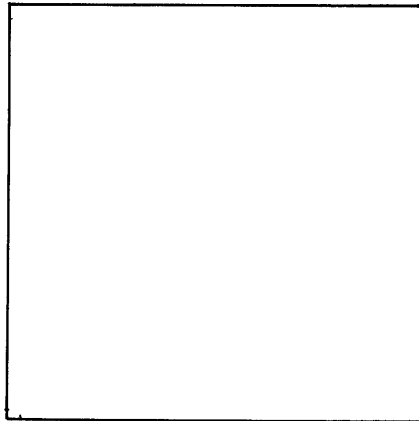


Foto de Daisy Ascher

En “Diles que no me maten” hay también de por medio una venganza y un recuerdo inclemente, acaso el del propio Rulfo, cuando por un problema de pastos y ganado su padre fue asesinado por Lupe Nava. En el relato Juvencio Nava (¿Lupe Nava?) mata a su compadre don Lupe Terreros porque le negaba el pasto para sus animales. Con los nombres cambiados, aunque el asesino de la vida real y el del relato se apellidan igual, Nava, la anécdota quizá sea la misma de cuando mataron al padre de Rulfo, aunque ese deseo de venganza en la vida real no se haya dado y en el cuento sí, aunque sea después de treinta y cinco años y el coronel que aprehendió a Juvencio Nava sea uno de los dos hijos de don Lupe Terreros, como ironía de la vida.

“Luvina” es la tierra mas inhóspita del mundo, donde se escucha hablar al viento pardo. En el diálogo-monólogo que sostienen el que va y el que regresa, se habla de lo que hace que los habitan-

tes de Luvina sigan ahí, alejados del mundo y lejanos a todo. Los habitantes sostienen e interrogan: “Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos”. Aquí los muertos no son ajenos a los vivos, sino que forman parte de la comunidad, por eso hay esa preocupación patente por saber qué pasaría si se van y dejan a los muertos solos, quién se encargaría de ellos y los cuidaría.





En "La noche que lo dejaron solo" son tres cristeros de apellido Ruelas los que van huyendo de las tropas federales. Finalmente el más joven de los tres, Feliciano, se va rezagando y queda solo. Sus tíos Tanis y Librado son capturados y ahorcados; cuando él llega a los ranchos del Agua Zarca, se encuentra con el terrorífico espectáculo y escucha que lo están esperando. Se aleja y reconsidera en el porqué lo habían dejado solo.

"Paso del Norte" es la clásica historia del campesino que se va para el otro lado, y al cruzar el Río Bravo es cazado. Varios mueren y el que regresa le confiesa a su padre lo que pasó: "Padre, nos mataron. / ¿A quiénes? / A nosotros al pasar el río. Nos zumbaron las balas hasta que nos mataron a todos..." El hijo le recrimina al padre el que lo haya lanzado al mundo al "averíguatelas como puedas", y le reclama que no le enseñó el oficio de cuetero, por lo que se están muriendo de hambre y debe de

buscarle por otros lados. El narrador usa el "nos" para indicarnos que esa historia y esas muertes no son sólo ocasionadas en él sino en un todo colectivo, en un ser plural que implica los otros del rancho —como Estanislao, con el que emprende el viaje al norte—, los otros de la zona, el mismo pueblo de México que trata de sobrevivir como pueda. Cuando dice "nos mataron", se refiere metafóricamente también a la muerte de sus ilusiones por hacer algo en el otro lado.

"Acuérdate" es la historia de Urbano Gómez y de cómo, desde niño, comienza a convertirse al mal, y luego deja el pueblo tras de recibir una golpiza en manos de su tío Fidencio. Cuando vuelve, llega como policía, con la mirada lleno de odio y rencor. Termina matando a su cuñado Nachito Rivero, menso pacífico, para luego morir ahorcado, escogiendo incluso él su propio árbol. En este pequeño monólogo evocativo, Rulfo condensa casi cuatro historias, para luego seguirse por el lado de cómo se acaba una familia tan rápidamente, sobre todo cuando hay violencia de por medio.

"No oyes ladrar los perros" es el retorno del hijo pródigo y de la reconsideración del amor filial. Ignacio abandonó a sus padres para andar en las correrías, asaltando caminos y dedicándose al abigeo. La madre muere de pena y mortificación por las tropelías que comete el hijo y que llegan hasta sus oídos. El hijo regresa mal herido y el padre lo lleva en ancas hasta el cercano

pueblo de Tonaya, como una prueba de amor a la madre que no al hijo, que ya da como perdido y no quiere creer que sea sangre de su sangre. El hijo muere sobre sus hombros, sin oír el ladrar de los perros, y el padre sabe que ni siquiera con esa esperanza le ayudó el hijo pródigo.

Una venganza de hijo contra padre es el móvil central de "La herencia de Matilde Arcángel". La acción transcurre en un poblado llamado Corazón de María, donde viven los Eremites, Euremio Cedillo padre y Euremio Cedillo hijo, separados por 25 años, y un odio engendrado en el padre por la muerte de la madre. Quien cuenta la historia es el antiguo prometido de Matilde, el cual nos conduce sin prisas ni sobresaltos al hecho central que consta de dos muertes: la de Matilde, debida a un caballo desbocado, y por proteger a su hijo. Y la del padre, que engendra un odio increíble por el niño, causante indirecto de la tragedia al llorar y espantar al animal rosillo. "Ella todavía viviría", dice quien narra, si el Euremio la hubiera dejado tranquila en Chupaderos. "Todavía viviría", dice el padre, si el muchacho no hubiera tenido la culpa. El ex prometido y el viudo no se resignan a la pérdida de Matilde, pero el segundo deja el amor filial en último momento para odiar con toda sus fuerzas al que le quitó a su amada, y ese que le quitó físicamente a su esposa es su hijo Euremio. El hijo se va con unos revoltosos y el padre luego con las tropas del gobierno. Días después vuelve Euremio Cedillo, hijo, con el cadáver de su padre. Se ha cerrado el círculo y la sangre nueva sobrevivió al odio.

"Anacleto Morones" es un santón de pueblo, un aprovechado que pide que las vírgenes le velen su sueño, y, tras acariciarlas y pasar la noche con él, dejan de serlo. Su yerno Lucas Lucatero tiene que acabar con él, porque llega, tras salir de la cárcel, exigiéndole dinero y pidiéndole que venda las tierras. Discuten y el santo niño Anacleto queda unos metros bajo tierra, en el

corral de la casa de Lucas. Las mujeres que quieren beatificar a Morones llegan hasta la casa de Lucas para que éste, que es su yerno y testigo de los supuestos milagros, testifique. Lucas sabe de las movidas de su suegro y les da por su lado a las mujeres, esperando que oscurezca y ellas tengan que irse, por el temor a el qué dirán. Sólo se queda Francisca, la del bigotito, y ella confirma la vida disipada del santo niño Anacleto.

La muerte viva en *Pedro Páramo*

Si en *El llano en llamas* la muerte es causada por irrupciones violentas, en *Pedro Páramo* la muerte es una presencia viva; son las ánimas en pena, los espíritus de los difuntos que andan vagando por sus antiguos contornos de vivos para pregonar la maldad de ese "rencor vivo" llamado Pedro Páramo, la locura de Susana San Juan, el escrupuloso servilismo de Fulgor Sedano, el alucinado llegar y morir de Juan Preciado, la ternura maternal de Eduviges Dyada, la redención del padre Rentería y las correrías de otros tantos muertos en vida que se mezclan con la atmósfera y el ambiente de ruidos, voces, rumores. Comala es un real pueblo fantasma, lleno de muerte, pero una muerte evocativa, formada por el recuerdo de Dolores Preciado y la recreación que hace Juan de lo que es y fue Comala. Cuando deja la casa de la Dyada y se encuentra con Damiana Cisneros, y ésta no es menos muerta que la anterior, Juan Preciado sabe que está reconstruyendo y recreando el mundo de su madre y el de su padre, el tal Pedro Páramo. Cuando por fin encuentra a una pareja que le da cobijo, hermanos incestuosos cuya soledad los ha unido, su corazón está dañado de miedo y de susto, por eso muere entre una mezcla de nubes espumosas, haciendo remolinos, y para luego perderse en una nublazón. Es la muerte que Juan Preciado piensa que llegó en forma de ahogo, pero más bien fue por el terror y el miedo.



En *Pedro Páramo*, más que en ningún otro libro de la literatura mexicana contemporánea, hay esa presencia obsesiva de la muerte. Porque la muerte es todo: las órdenes de Pedro Páramo para deshacerse del padre de Susana, para arreglar asuntos de tierras, de dinero, de mujeres. Comala es un panteón vivo, y el cementerio de Comala es una ciudad que hierve de actividad. De cajón a cajón se platican los muertos sus cuitas, de tumba a tumba se escuchan los gemidos de dolor y de ansiedad. La muerte en *Pedro Páramo* no es la ausencia de vida, sino otra forma de vida que se canaliza a través del pago de la maldad; por eso esas almas en pena no encuentran el descanso, porque han sido parte, en mayor o menos medida, de un tinglado que produce odios y amores, venturas y desventuras, fracasos y éxitos, pero lo más terrible y lo más natural, sus propias muertes. Así pues, nos encontramos en un universo de muertes en la narrativa de Juan Rul-

fo, un universo que, acaso, como dijimos líneas antes, tuvo su génesis cuando Carlos Juan Nepomuceno vio a su padre tendido, victimado por las balas de Lupe Nava. Muchos años después Rulfo se vengaba de la muerte haciendo literatura para no morir del todo, para ser eterno y volverse inmortal.

NOTAS

¹ Felipe Cobián Rosales, "Fue entonces cuando Rulfo vio a su padre asesinado", *La Jornada*, 8 de enero de 1986.

² Arthur Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, Ed. Prometeo, Valencia, España, 1966.

³ Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1965; quinta reimpresión, abril de 1980.